

October 2015

Architectus Mundi: Deísmo y Materialismo Científico en Bonaventura Carles Aribau y la Sociedad Filosófica de Barcelona (1815-1820)

Jordi Olivar

Auburn University, jzo0007@auburn.edu

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences>

 Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

Recommended Citation

Olivar, Jordi (2015) "Architectus Mundi: Deísmo y Materialismo Científico en Bonaventura Carles Aribau y la Sociedad Filosófica de Barcelona (1815-1820)," *Dissidences*: Vol. 6: Iss. 11, Article 5.

Available at: <http://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences/vol6/iss11/5>

This Article / Artículo is brought to you for free and open access by the Journals at Bowdoin Digital Commons. It has been accepted for inclusion in Dissidences by an authorized administrator of Bowdoin Digital Commons. For more information, please contact jmontgom@bowdoin.edu.

Architectus Mundi: Deísmo y Materialismo Científico en Bonaventura Carles Aribau y la Sociedad Filosófica de Barcelona (1815-1820)

Abstract / Resumen

En 1815, dieciocho años antes de la aparición de la famosa “Oda a la Pàtria”, que inauguraría la Renaixença literaria catalana, un joven Bonaventura Carles Aribau entraba a formar parte de la Sociedad Filosófica de Barcelona, una asociación de jóvenes interesados en el cultivo de las letras y el desarrollo científico en plena recuperación de la Guerra de Independencia. Las reuniones de la Sociedad Filosófica recogidas en sus *Periódicos Eruditos* y en sus ponencias manuscritas ponen de manifiesto las inquietudes de una juventud barcelonesa que creía firmemente en el papel del progreso científico en la futura regeneración nacional y en el de la poesía como divulgadora del saber. Los miembros de la sociedad filosófica reflexionaban sobre las promesas del progreso industrial, científico y social, ansiaban la liberación del estudio de las ciencias de la decrepita hegemonía del escolasticismo e insistían en promover la modernidad decimonónica. Este regeneracionismo temprano, gestado en plena restauración absolutista de Fernando VII, era también consciente de los límites pragmáticos de una sociedad que seguía bajo la estricta vigilancia de la Inquisición. A pesar de todo, Aribau y sus colegas de la Sociedad Filosófica se arriesgaron a articular un discurso en el que el papel divino en la naturaleza y en el estudio de las ciencias físicas se alejaba del dogma católico reflejando algunas de las tendencias deístas que habían marcado el desarrollo científico ilustrado del siglo XVIII.

Keywords / Palabras clave

Bonaventura Carles Aribau, Renaixença, Barcelona, Poesía, Física, Deísmo, Regeneracionismo, Escolasticismo, Inquisición

Architectus Mundi: Deísmo y Materialismo Científico en Bonaventura Carles Aribau y la
Sociedad Filosófica de Barcelona (1815-1820)

“Cuando el materialismo se inculcó en la filosofía
y el deísmo se inculcó en el pueblo,
la religión y la inteligencia velaron sus frentes
y dejaron pasar a la revolución”

—Juan Donoso Cortés, *Lecciones de derecho político* (1836-1837)

Aribau, Bonaventura Carles: para la filología catalana, apelativo referente al alma mater de la *Renaixença* cultural y literaria decimonónica, primer defensor del catalán como vehículo literario desde el esplendor medieval; para el hispanismo tradicional, una mera nota a pie de página como editor de la revista *El Europeo*, segunda difusora del romanticismo a nivel nacional, así como fundador de la *Biblioteca de Autores Españoles*; para el conspiranólico de a pie, un masón; y para el barcelonés de toda la vida, una inevitable calle del *eixample*. Estas páginas, sin embargo, irán más allá de estos clichés. En ellas trataremos de acotar el papel de Aribau en la Sociedad Filosófica de Barcelona (1815-1820) y de identificar el papel de un espíritu deísta que a la sombra de la Inquisición trataba de articular un incipiente discurso regeneracionista, heredado de los novatores y de Feijóo, y que más tarde seguiría preocupando a Larra, y a la generación del 98.

En 1815, Barcelona se debatía “entre la felicidad y la tristeza”, entre la alegría tras el fin de la Guerra de la Independencia y la derrota del sueño liberal. La derogación de la Constitución

de Cádiz, la reinstauración del absolutismo y la eliminación de la libertad de prensa por parte de Fernando VII no parecían aún motivos suficientes para el desaliento. Con su optimismo natural, el 11 de julio de 1815, un grupo de jóvenes catalanes, creyentes en la posibilidad de regeneración del estado español a través del progreso científico, fundaron la *Sociedad Filosófica* de Barcelona. A partir de entonces reunirían semanalmente en casa del socio Joaquim Llaró i Savall con el fin de profundizar sus conocimientos en las áreas de poética, metafísica, física y oratoria, disciplinas a las que con el tiempo se unirían la ética, la historia y la economía política. Cada uno de los miembros de la sociedad pertenecía a una de estas disciplinas como titular, pudiendo también inscribirse como honorario de una segunda disciplina. Era esta Sociedad un ateneo fundado y dedicado exclusivamente a todos aquellos que por su juventud no podían solicitar su entrada en la Real Academia de Buenas Letras y en la Real Academia de Artes y Ciencias de Barcelona (Elias 122). A los quince miembros iniciales se les irían añadiendo progresivamente nuevos individuos, sin pasar nunca de los veinte miembros activos. Entre ellos podemos destacar a los ya mencionados Llaró y Aribau (director de la sección de poesía y honorario de la de física), pero también a Ignasi Savall i Gener (director y máximo exponente de la sección de física), Francesc Puig i Buscall, Ramon Muns i Serinyà, Antoni Montmany i Albornà y Ramon López i Soler.

Como miembro de la Sociedad Filosófica, todo socio estaba obligado por los estatutos de la sociedad a presentar con cierta regularidad una disertación sobre un tema relacionado con su área de investigación primaria. El primer año de la Sociedad fue el que más actividad registró, llegándose a presentar hasta 97 disertaciones firmadas por una veintena de miembros (Sanpoms “Apología” 20-21). Todas estas disertaciones manuscritas eran archivadas y conservadas por el bibliotecario de la Sociedad para facilitar la consulta de las mismas por parte de los socios. Junto

a estas contribuciones, limitadas la mayoría y simplemente pueriles algunas, los miembros de la sociedad contribuyeron semanalmente con breves artículos que eran transcritos en un semanario también manuscrito que recibiría el nombre inicial de *Semanario Erudito*, pasando después a denominarse *Periódico Erudito*.

El miembro de más renombre y el más prolífico de la Sociedad Filosófica con veintiséis contribuciones fue Bonaventura Carles Aribau. Su contribución a la Sociedad fue fundamental, convirtiéndose en un impulsor constante de sus actividades, no sin ciertos conflictos puntuales causados, según Elías, por el hecho de que Aribau padecía un trastorno de la comunicación oral que limitaba su fluidez verbal, probablemente motivado por una disfemia o tartamudez. Su participación en la Sociedad Filosófica será la que le de el respaldo necesario para la publicación de buena parte de sus poemas leídos en sus sesiones en su primer y único volumen de poesía, los *Ensayos poéticos* publicados en 1817, un volumen de poemas en lengua castellana que antecede a su famosa “Oda a la pàtria” en dieciséis años y que tampoco ha recibido atención crítica alguna. Junto a Aribau, Ramon López Soler será el segundo miembro de la Sociedad Filosófica relevante para nuestra historia literaria. Aribau y López Soler formarán parte de la redacción de la revista *El Europeo* entre 1823 y 1824 desde donde retomarán, desde un punto de vista liberal y con una invitación al eclecticismo, el debate sobre el Romanticismo iniciado en 1814 por Juan Nicolás Böhl de Faber desde *El Mercurio Gaditano*. Ramon López Soler será también instrumental en la incorporación de Aribau en el imaginario cultural de la *Renaixença* catalana ya que, como director de la revista *El vapor*, será López Soler el que publique por primera vez el icónico poema de Aribau, “Oda a la pàtria” en 1833. Otros poetas, como Miquel Anton Martí i Cortada, miembro de la *Renaixença* literaria catalana, o periodistas y literatos como Ramon Muns i Serinyà formarán también parte del universo cultural catalán decimonónico.

Las charlas y los semanarios de la Sociedad Filosófica responden a una necesidad educativa muy concreta. Desde 1717, fecha en que Felipe V decreta el cierre de la Universidad de Barcelona y el traslado de toda su actividad académica a la Universidad de Cervera, Barcelona carece de estudios universitarios. Tras los intentos fallidos de restablecer la universidad en 1796, los jóvenes barceloneses deben desplazarse a Cervera o la Universidad Sertoriana de Huesca para cursar sus estudios reglados.¹ Ante la ausencia de una oferta educativa a nivel superior, la sociedad civil barcelonesa tratará de cubrir sus necesidades formativas para cubrir las crecientes necesidades de su industria textil. Esta función educativa la llevará a cabo la Junta de Comercio de Barcelona, refundada en 1760 y establecida en el edificio de la Lonja desde 1767. Será la Junta de Comercio la que se encargará de abrir escuelas técnicas para cubrir estas necesidades educativas—entre ellas, la escuela de náutica en 1769, la de bellas artes en 1775, la de química en 1805, la de mecánica en 1808 y la de física, que tanto influirá en los miembros de la Filosófica, en 1814.

Si la limitada oferta educativa barcelonesa del periodo respondía a un nuevo modelo social centrado en la agencia de la burguesía, los miembros de la Sociedad Filosófica son también producto de una nueva sociedad. Hijos todos de la pequeña burguesía menestral, siguen un nuevo modelo social, el del científico útil a la patria a través del esfuerzo intelectual. Siguiendo el modelo ilustrado, ellos mismos son el producto de la incipiente revolución burguesa siempre inconclusa en España. Ellos son los hijos de la idea de que el esfuerzo personal es el único camino válido de ascenso social. Hay en este grupo de jóvenes una voluntad de diferenciación, un espíritu, elitista quizás, que les hace separarse de una mayoría de la juventud barcelonesa que recibirá para ellos el término peyorativo de “enjambrista” formada por jóvenes-zángano que siguen a la masa en su ociosidad improductiva. Son todos “estos entes equívocos

que pasean afectadamente por la Rambla, entran en un Café y hablan de política como un Aristóteles” (“Carta al Señor Editor” 2). Ante ellos, los miembros de la Filosófica se presentan como agentes de un espíritu de transformación social que está en el aire. Para ellos, “el estado actual de Sociedad y de Conocimientos promete unos progresos tales, que el mismo hombre tendrá [que] dudar [de] que su entendimiento haya llegado á tanto” (2).

A día de hoy se conservan 147 documentos manuscritos de la Sociedad Filosófica repartidos entre la Real Academia de Buenas Letras y la Real Academia de Artes y Ciencias de Barcelona² que, a excepción de los cinco poemas de Aribau recogidos en el volumen *Ensayos poéticos* en 1817, jamás fueron publicados fuera de la Sociedad Filosófica. Tanto el carácter privado como el espíritu formativo de esta sociedad pueden justificar la falta de voluntad de publicación de sus reflexiones científicas y literarias. Sin embargo, si tenemos en cuenta el panorama político y social que domina el horizonte español precisamente entre 1815 y 1820, podemos intuir el peso de la abolición de la Constitución de Cádiz y de la reacción absolutista de Fernando VII. Sólo dos meses antes de la fundación de la Filosófica, la monarquía inaugura el férreo control de la prensa a través del Real Decreto de prohibición de todos los periódicos nacionales a excepción de la *Gaceta* y el *Diario de Madrid*. La restauración del Antiguo Régimen no sólo limita la libertad de expresión sino que vuelve a poner en práctica el control de toda disidencia ideológica mediante la Inquisición—fugazmente abolida por la Constitución de 1812 y recuperada por el absolutismo como herramienta de control religioso, moral e incluso científico. Ante una esfera pública dominada y vigilada por la reacción absolutista católica, la restricción de las actividades de la Sociedad Filosófica al ámbito de lo privado garantizaba un mínimo de intimidad para debatir sobre la necesidad de fomentar el progreso científico como única vía de regeneración nacional. Curiosamente, algunos de los miembros de la Filosófica

percibían aún la figura de Fernando VII como un “sabio y piadoso monarca” protector de las ciencias, del espíritu ilustrado y un agente de la perceptibilidad social y el regeneracionismo nacional:

El Gobierno después de afirmada una paz duradera sobre este florido continente no sueña otra cosa que en la regeneración de nuestra especie: declarado Protector de la humanidad y de las Ciencias se ocupa incesantemente en animar los talentos apocados, emplear los que se malogran, premiar á los que sobresalen, en hacer florecer [...] las artes útiles. Testigos tantas Cátedras públicas establecidas por el Gobierno, adonde acude la juventud anhelante, a la que vemos cada día cobrar mas gusto á esta clase de ejercicios. (“Carta al Señor Editor” 5-6)

Entre las paredes de la casa de la familia Llaró, la Filosófica puede permitirse reproducir el modelo ilustrado del enciclopedismo. Como Denis Diderot y su “sinagoga de ateos”, los socios de nuestra Sociedad comparten su voluntad de cambiar la manera de pensar tradicional a través de la promoción y la difusión del conocimiento científico (Watson 838). Aribau y compañía comparten la fe en el progreso. Creen, como los filósofos franceses, que el desarrollo científico debería estar por encima de todo control estricto por parte de la Iglesia Católica. Frente al pesimismo institucional del catolicismo, que sólo es capaz de percibir el mundo como una constante decadencia que desvirtúa la perfección de la Creación divina tras la Caída, los jóvenes de la Filosófica comparten un optimismo no sólo juvenil sino puramente ilustrado (Watson 843). Este optimismo les llevará no sólo a cuestionar los paradigmas científicos anclados en la escolástica sino la misma idea de Dios. Para Aribau y algunos de sus colegas, la ciencia se concibe como el camino ideal para comprender la perfección de la naturaleza como producto de la creación divina. Esta perspectiva les acerca pues a un Deísmo, común en la Europa ilustrada,

que, en palabras de Watson, creía en la “idea de que la armonía de la naturaleza era prueba de la benevolencia divina” (843). Sin embargo, ni los socios de la Filosófica eran Diderot y D’Alembert, ni la Barcelona fernandina permitía las libertades del París ilustrado. La Sociedad Filosófica nació motivada por el imperativo—absolutista e inquisitorial—de mantener todas estas inquietudes científicas y religiosas en el ámbito de lo privado.³

En su poema “La existencia de Dios”, leído en la Sociedad Filosófica y que abre el volumen de sus *Ensayos poéticos*, Aribau reflexiona en profundidad sobre su creencia en Dios como causa de todas las cosas y sobre el papel de la observación y la razón como prueba de la existencia del Creador, una aproximación peligrosamente cercana al Deísmo. Los diccionarios de la Real Academia Española recogían ya las entradas “Deísmo” y “Deísta” desde 1786. En sus ediciones de 1803 y 1817, el diccionario definía el Deísmo como el “error de los que reconocen únicamente á Dios, como autor natural, y niegan la revelación” (*Diccionario de la Real Academia Española* 1803 Academia Suplemento, 919). El desarrollo del Deísmo está íntimamente ligado al librepensamiento ilustrado. La revolución científica de los siglos XVII y XVIII invitaba a replantearse la explicación del mundo más allá de los parámetros bíblicos y la verdad revelada. Ante los ojos de la ciencia, el mundo natural aparece regido por unas leyes de la naturaleza que invitan a pensar en un Dios demiurgo y en una nueva teología natural.

La visión de la divinidad presente en “La existencia de Dios” demuestra la consolidación de un discurso Deísta ligado al materialismo científico ilustrado que, sin embargo, se resiste aún a entrar en confrontación directa con la tradición católica. “¿Qué mano poderosa / crió la luz que brilla / en el espacio inmenso, / y el sol que lo ilumina? [...] ¿Qué mágico resorte / da movimiento y vida / á la máquina enorme, / que sin cesar camina[?]” se pregunta Aribau (vv.1-4, 9-12, 17). La observación científica da pruebas de “la grande harmonia” universal que, lejos de

regirse por el azar, sólo puede estar regida por una “inteligencia” superior, por “una mano divina” (v. 34, v.61, 18. v. 186, 22). La creencia en Dios no viene aquí mediada en ningún momento por la verdad revelada. Es la observación del mundo y la perfección mecanicista del universo la que se presenta como única prueba feaciente de la existencia de Dios.

El Deísmo de Aribau no es excepcional en la Filosófica. El mismo Ignasi Savall ve “las ideas del Criador impresas en la naturaleza” (“Sobre la fijación del oxígeno” 3). Otros miembros, conocedores del riesgo que suponía esa postura, trataron de evitar cualquier conflicto con las posturas más afines al catolicismo. Joaquim Llaró, miembro fundador de la Sociedad y anfitrión de la reunión que se celebraba en su domicilio, intentaba matizar su postura anticipando las posibles discrepancias con los socios de la dirección de metafísica el día de la inauguración de la sociedad el 11 de julio de 1815:

No lleveis mal nobles SS. de la direccion de Metafisica que pretenda yo encontrar metafisicos entre los fisicos mismos. Aquella ciencia sublime verdaderamente sabiduria natural, que presta al Hombre el conocimiento de si mismo y le enseña la grandeza, inmensidad é infinidad de los atributos del Criador; no debe creerse desairada quando pretenda yo hallar á Dios entre las cosas criadas. (“En elogio de la Física y Ciencias Naturales” 2-3)

Llaró anticipa la confrontación interna entre aquellos que como él creen en una teología natural y los defensores de la verdad revelada. Llaró se distancia también de todo ateísmo. Ante el progresivo descubrimiento de las leyes naturales que ofrece la ciencia, solo cabe rendir tributo al demiurgo: “Ven á la naturaleza que te desplegará sus tesoros y obligado por sus obras tributarás al Autor Supremo el debido amor, admiracion y reconocimiento” (3). El uso del término recurrente “el creador” o de una serie de epítetos variados como “autor supremo”,

“divino artífice”, o “sabio pintor” (4) defamiliarizan la complejidad de la divinidad católica para reducirla a su agencia inicial, a su papel de demiurgo la compleja máquina del universo.

En los últimos versos de “La existencia de Dios”, Aribau nos deja con una imagen de ese demiurgo que se enfoca únicamente en el instrumento esencial en la creación precisa y exacta del universo:

En todo resplandece 368
 la magestad divina,
 y ostenta el brazo fuerte 370
 con que tomando un día
 el compas formidable,
 [...]

 marcó del Universo 376
 la límite precisa. (28)

La imagen no es nueva, ni es la primera vez que Aribau hace referencia a ella en la Sociedad Filosófica. Ya en 1815, Aribau hacía referencia a Platón para presentar a Dios como un artífice matemático, geométrico, como un Arquitecto del Universo: “Preguntado Platon en que ocupaba dios el tiempo; respondió *Deus semper geometrizat*. Encontróse en las ruinas de un templo en Egipto una Estatua con un compas en la mano, con el vestido sembrado de figuras geométricas con un epígrafe que decia: *Architectus Mundi*” (La homogeneidad de la materia 13). Esta imagen de la estatua egipcia del arquitecto del universo con un compás en la mano se convierte en el icono del demiurgo, de la causa primera del mundo natural.⁴

Como hemos visto, la percepción de Dios como demiurgo está ámpliamente arraigada entre los miembros de la sección de física de la Sociedad Filosófica. Esta tendencia, como era de

esperar, fue rebatida desde la misma Sociedad. En diciembre de 1815, Marià Costa i Nogué, un joven sacerdote socio de la Filosófica, presentó un “Discurso metafísico refutando la proposición impía que la religión es efecto de la política”. Su ponencia demuestra las tensiones internas entre el tradicionalismo católico y las crecientes tendencias Deístas y materialistas dominantes en la sección de física. “Fatales tiempos en que la licencia en materia de discursos ha venido a proteger la disolución” (1), clama Costa, acusando a uno de sus socios de confundir a Dios con la materia:

Qué sensible es para la Religión el ver salir [...] una secta de hombres presumidos de filosofos, que abusando del entendimiento [...] han formado el proyecto insensato de corregir y reformar [...] ó de borrar de los corazones de los hombres las primeras verdades que la mano del criador ha impreso en ellos, de abolir su culto, y sus ministros, y establecer en fin el Deísmo y materialismo!” (11)

La acusación de Costa es clara y directa. Como hombre del clero, no puede dejar pasar la afrenta planteada por esta nueva teología natural que, si bien defiende a Dios, cuestiona la verdad revelada, toda liturgia y toda estructura eclesiástica del catolicismo. A pesar de todo, Costa tiende la mano a sus contertulios invitándoles a volver al redil: “acordaos de vuestras promesas”, les exhorta, “no abandonéis á vuestra Religion” (11). En todo caso, la denuncia interna de Costa nunca pasó a mayores. La Inquisición no tomó nunca la iniciativa contra la Sociedad Filosófica ni contra los contenidos de los *Ensayos poéticos* de Aribau.

En todo el legado documental de la Sociedad Filosófica, la sombra de la Inquisición aparecerá tan sólo una vez, a modo de celebración, justo después de la abolición de la misma el 9 de marzo de 1820 tras el triunfo del pronunciamiento de Riego. Dos de los artículos comunicados bajo pseudónimo a la publicación de la Sociedad *Colección de variedades* del 23

de abril de 1820 celebra el día del patrón de Cataluña: “Hoy es la fiesta de las Rosas y el *Sant Jordi mata l’araña*” nos dicen (*Colección de variedades* 23 abril 1820, 1). En un tono irónico y festivo, el autor anónimo recuerda la tradicional leyenda de Sant Jordi popularizada por Jacoppo da Varazze en su *Legenda Aurea*. La consolidación de la leyenda perpetúa la imagen del caballero que libera a la comunidad y a la doncella Cleodolinda de un dragón que exigía constantes sacrificios humanos y animales para apaciguar su ira. Sant Jordi encarna un arquetipo de la victoria del bien contra el mal. En abril de 1820, esta lucha entre el bien y el mal se presenta como una metáfora de la reciente victoria de la revolución liberal frente al dragón del absolutismo y la Santa Inquisición. El primero de los articulistas celebra que “ahora que la negra Inquisición no puede zamparnos por un quítame allá estas pajas en sus profundos calabozos, me parece que cada hijo de vecino es dueño de hablar del modo que quiera” (*Colección de variedades* 23 abril 1820, 1). El segundo autor, con un tono más jocoso, se nos presenta como un “íncubo, súcubo, vampiro, [...] huido de los lóbregos calabozos de la ex-santa Inquisición” (2) y que irónicamente se lamenta de la desaparición de la misma advirtiendo de “el mal que se va a seguir a la Patria con la extinción de aquel tribunal, que perseguía a las luces para hacernos vivir en las tinieblas” (4).

La escasa crítica que se ha ocupado de la Sociedad Filosófica data su disolución en 1821 (Eliás 123), sin embargo la actividad de la misma entró ya en una clara decadencia a mediados de 1818 y todo rastro documental desaparece en 1820. Entre abril y julio de 1820, la Sociedad comienza a reducir la frecuencia de sus reuniones y sus socios dejan de presentar sus tradicionales disertaciones, el *Periódico Erudito* deja paso a la llamada *Colección de variedades sobre las ciencias y la literatura*, para desaparecer definitivamente el 18 de junio de 1820. Las causas de su desaparición se han atribuido, siguiendo la propuesta de Elías, al hecho de que en

1821—año en el que tanto Elías como Montoliu fechan la muerte de la Sociedad—la mayoría de sus miembros habían alcanzado ya la edad requerida para su incorporación a otras instituciones literarias y científicas ya consagradas. Sin embargo, como hemos visto, socios como Savall ya habían compatibilizado su pertenencia a la Filosófica y a la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona desde 1816. En mi opinión, la desaparición de la misma está directamente relacionada con el aperturismo social y político provocado por la revolución liberal de 1820, con la que se comprometieron buena parte de los socios de la Filosófica. Justo tras la autopsia prematura dedicada a la Inquisición el día de Sant Jordi de 1820, el rastro de la Sociedad Filosófica desaparecerá dos meses más tarde, el 18 de junio de 1820, con el último número de su semanario. En este breve periodo, los contenidos de la publicación se transforman. Sus páginas dejan de ocuparse de la física, de la metafísica y de la poesía. La vitalidad de la vida diaria y la poesía satírica de carácter político eclipsan todos los antiguos intereses. Las libertades del nuevo panorama político prometen un universo de posibilidades que acabará por finiquitar al pequeño ateneo de la Sociedad Filosófica. Cabe imaginar la incapacidad de compaginar la actividad de la Sociedad con el compromiso político que miembros como Aribau y López Soler tuvieron con la revolución liberal, para la que Aribau compuso el himno revolucionario “Libertad, libertad sacrosanta” y López Soler una breve pieza dramática titulada “La libertad restaurada”. En este periodo, los miembros de la Sociedad Filosófica, todos ya mayores de edad, se habrán incorporado a las dos academias oficiales barcelonesas—Aribau y López Soler a la Real Academia de Buenas Letras, otros, de un perfil más científico, se unirán a Savall en la Real Academia de Ciencias. Serán precisamente estas dos instituciones las que harán llegar el legado documental de la Sociedad Filosófica hasta nuestros días. Aribau y López Soler, tras dos años de flirteos con la política, se lanzarán por fin a la esfera pública en 1822 reactivando el debate

cultural en torno al Romanticismo a través de las páginas de *El Europeo*.

Notas

¹ Es el caso de Muns, Santpons, Montmany y Ferrer que deben abandonar la Sociedad Filosófica regularmente para seguir sus estudios en Huesca y Cervera (“Actas” 162)

² El legado de la Sociedad Filosófica consta de 118 manuscritos conservados en la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, 28 en la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona y un poema de Aribau conservado en la Biblioteca de Catalunya. Por desgracia, al contrastar el legado de la Sociedad Filosófica que ha sobrevivido hasta nuestros días con la única catalogación existente, publicada por Manuel de Montoliu en 1936, cabe lamentar la pérdida de un mínimo de 80 disertaciones entre las que se encuentran poemas de Aribau como “La humanidad desvalida” o “A los editores de mis poesías” y otro firmado por López Soler con el título “Delicias del virtuoso” (Montoliu 276-290), así como de un mínimo de 11 *Periódicos Eruditos*.

³ No debemos olvidar que el Deísmo fue una de las últimas creencias consideradas heréticas por la Iglesia Católica y que la última víctima de la Inquisición española fue Gaietà Ripoll, maestro valenciano condenado a muerte en 1826 por sus tendencias ilustradas y deístas.

⁴ Este icono nos será sin duda familiar. Pero es aquí donde entraríamos en terrenos pantanosos. Bonaventura Carles Aribau, para muchos amantes de las conspiraciones, aparece entre las filas de la masonería decimonónica. Para la francmasonería regular, la concepción divina se expresa precisamente a través de la figura del Gran Arquitecto del Universo, que algunas de las ramas de la masonería buscan sus raíces en las escuelas místicas del antiguo Egipto y que el compás y la escuadra son los dos símbolos masónicos más tradicionales. Sin embargo, teniendo en cuenta las historias de la francmasonería catalana de Sánchez i Ferrer y Casinos y los *Apuntes históricos de la Orden de los Caballeros Franc Masones de la Lengua (o Nación) Española*, no hay prueba alguna documental o histórica que nos permita afirmar que esta aproximación al deísmo, compartida por Aribau y otros socios de la Filosófica, esté directamente relacionada con la práctica de la francmasonería.

Obras citadas

- Apuntes históricos de la Orden de los Caballeros Franc Masones de la Lengua (o Nación) Española.* Barcelona: C. Miró, 1882. Impreso.
- Aribau, Bonaventura Carles. “La existencia de Dios.” *Ensayos poéticos de D. Buenaventura Carlos Aribau. Dánse á luz por algunos amigos del autor.* Barcelona: Imprenta de Dorca, 1817. Impreso.
- . “La homogeneidad de la materia. Discurso que en Sesión octava de la Sociedad Filosófica dixo D. Buenaventura Aribau y Farriols.” 9 de Agosto, 1815. MS. Biblioteca de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona.
- . “Oda a la Pàtria.” *El Vapor.* 24 de Agosto, 1833. Impreso.
- . *Ensayos poéticos de D. Buenaventura Carlos Aribau. Dánse á luz por algunos amigos del autor.* Barcelona: Imprenta de Dorca, 1817. Impreso.
- “Carta al Señor Editor.” *Periodico Erudito de la Sociedad Filosofica para la sesion 59.* 12 de Enero de 1817. MS. Biblioteca de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona.
- Casinos, Xavi. *La maçoneria a Barcelona. Dels inicis a l’actualitat.* Barcelona: La Busca, 2000. Impreso.
- Colección de variedades sobre las ciencias y la literatura.* 23 Abril, 1820. MS. Biblioteca de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona.
- Costa i Nogué, Marià. “Discurso Metaphisico refutando la proposición impía que la Religión es efecto de la Política.” 3 de Diciembre, 1815. MS. Biblioteca de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona.
- “Deísmo.” *Diccionario de la Real Academia Española.* Suplemento. 1803. Web.

- Elías de Molins, Antonio. “Aribau y Farriols.” *Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX*. Barcelona: Fidel Giró, 1889. 119-146. Impreso.
- Llaró i Vidal, Joaquim. “Oración inaugural. En elogio de la Física y Ciencias Naturales.” 11 de Julio de 1815. MS. Biblioteca de la Reial Acadèmia de Ciències i Arts de Barcelona.
- Montoliu, Manuel de. *Aribau i la Catalunya del seu temps*. Barcelona: Institut d’Estudis Catalans, 1936. Impreso.
- . *B. C. Aribau. J. Rubió i Ors*. Barcelona: Catalonia, 1935. Impreso.
- Riera y Bertrán, Joaquín. *Biografía de Don Buenaventura Carlos Aribau*. Barcelona: Sucesores de N. Ramírez, 1883. Impreso.
- Sánchez i Ferrè, Pere. *La maçoneria a Catalunya. 1868-1936*. Barcelona: Edicions 62, 1990. Impreso.
- Sanponts i Barba, Ignasi. “Apología de las Sociedades literarias de instrucción é historia de la Filosófica de Barcelona en su segundo año.” 11 de Julio, 1817. MS. Biblioteca de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona.
- Savall i Gener, Ignasi. “Disertación física. Sobre la fixación del Oxígeno en los cuerpos combustibles y sus resultados.” 2 de Agosto, 1815. MS. Biblioteca de la Reial Acadèmia de Ciències i Arts de Barcelona.
- Sociedad Filosófica. *Periódico Erudito*. 1815-1820. MS. Biblioteca de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona.
- . *Semanario Erudito*. 1815. MS. Biblioteca de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona.

Varazze, Jacoppo da. *Legenda aurea. Vulgo historia Lombardica dicta ad optimorum librorum fidem*. 2^a ed. Lipsia: Librariae Arnoldianae, 1850. Impreso.

Watson, Peter. *Ideas: Historia intelectual de la humanidad*. Barcelona: Crítica, 2005. Impreso.